

Domingo Melfi D.

# El hombre y la soledad en las tierras magallánicas

## III PARTE

### LA COLONIZACION

El rumano Popper

Julio Popper tuvo el prestigio de un aventurero de formidable envergadura. Solamente podía vencer en las regiones abiertas y hostiles que él buscó para sus exploraciones. No pertenecía a la maderera de los aventureros vulgares. No era hombre sin letras, ni un oscuro trabajador de los páramos o un capitán de industrias como hay tantos. Poseía una cultura dominante, era ingeniero, había viajado por el mundo y se había rozado con los más extraordinarios hombres de su tiempo. El período obscuro e incierto de su vida es el que transcurre antes de su arribo a Buenos Aires, en donde se radica por algunos años y desde donde excursiona hacia la Tierra del Fuego.

Rumano de nacimiento, Popper tenía una figura.

arrogante; unos ojos azules, de acero, una barba rubia y cerrada. Vestía en la ciudad como un dandy y en los campamentos y los páramos, a la manera de los exploradores europeos que han recorrido los lugares más inhospitalarios de la tierra. Se adivinaba siempre en él la huella del ser acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Popper sabía con quienes tenía de habérselas y quizá por esto mismo abusó de la situación que le creaba su propio dominio de sí mismo, su saber y su audacia sin límites. Popper se refería a las riquezas de las regiones australes como si las hubiese conocido palmo a palmo. Así pudo formar en Buenos Aires, en donde le escuchaban y le tenían por un hombre de gran sabiduría en la materia, la expedición que le acompañó a Tierra del Fuego en 1886.

Las riquezas auríferas de la región comenzaban a ser conocidas en los centros poblados del continente, pero en realidad nadie había osado formar una expedición en grande como la suya. Hombres prestigiosos de Buenos Aires prestaron su concurso y oficialmente tuvo esa columna expedicionaria el beneplácito del Gobierno.

No es nuestro propósito seguir paso a paso las peripecias de Popper, ni entra en la naturaleza de este trabajo hacerlo así. La figura de Popper se presta para un ensayo de otra naturaleza, para un ensayo novelesco, en una palabra, porque existe en él la madera de un extraordinario personaje de aventuras.

Popper fué el prototipo del hombre audaz que con-

cibe con rapidez un proyecto y lo lleva con la misma rapidez a la práctica. Sin su energía indomable, habrían pasado muchos años antes de que las regiones del Páramo en las inmediaciones de bahía San Sebastián, en el Atlántico, fueran exploradas y explotadas en su riqueza aurífera. La expedición de Popper llegó un día a Punta Arenas, desde Montevideo; desembarcó en la pequeña bahía del Estrecho y allí hizo formar a los hombres en torno al campamento. Estaban todos los acompañantes armados y parecía que se dirigían a un sitio peligroso en el cual era necesario defenderse continuamente de la amenaza de los indios.

La población de Punta Arenas acudió a ver esta columna expedicionaria que había levantado sus carpas en la orilla del Estrecho y cuyas tiendas se veían custodiadas por hombres con el fusil al hombro. Un soplo, mezcla de expectación y de ironía, corrió como un estremecimiento entre los espectadores. ¿Qué significaba todo ese aparato? ¿De quién y contra quiénes iban a defenderse? Los chilotes que observaban mezclados a la muchedumbre sonreían con su risa cazurra. No se necesitaban tantas armas para ir al interior de la Tierra del Fuego. Popper debió advertir con su fina mirada de observador el efecto que su expedición provocó en los habitantes del puerto chileno. Pero él quería impresionar, aparte de que tal vez creía que los indios del interior de la Isla Grande debían ser, sin duda, seres peligrosísimos, a los cuales era necesario amedrentar, y, si el caso llegaba, matar sin piedad.

Desde Bahía Porvenir, al otro lado del Estrecho y a donde Popper se trasladó con sus veinte hombres armados, comenzó su terrible expedición al interior de la Tierra del Fuego. Nunca, antes, ningún blanco había recorrido los lugares que aplastó con su bota el rumano temerario. Meses más tarde, él comunicó, en una interesante conferencia dada en el Instituto Geográfico Argentino y publicada en el Boletín de esa institución en 1887, las aventuras que padeció y los descubrimientos que realizó a lo largo de aquellas espantosas soledades. Existe además un croquis del País de los Onas, explorado por la expedición Popper, que se encuentra incluido en uno de los boletines del Instituto Geográfico. El mapa tiene trazado el itinerario del ingeniero rumano desde Puerto Porvenir a Bahía San Sebastián.

Popper atravesó la Isla Grande en medio de penas e inconcebibles contrariedades. Sólo un espíritu como el suyo, de un temple de acero, pudo realizar esa expedición en aquellos años. Su relato, no obstante estar escrito con una curiosa serenidad, es patético y revela la pasta de escritor hecho y derecho que había en él. Debemos imaginar el éxito que obtuvo en estas conferencias, a las cuales, según informa la prensa de ese tiempo, acudió gran cantidad de personas. Popper relató sus peripecias y mostró en una exhibición pública todo lo que había traído desde esas tierras ignotas.

## El bosque fueguino

«Al bajar la falda austral de la Sierra Balmaceda —escribe Popper— una nueva dificultad se presenta a nuestro paso. Encontramos una extensión densamente cubierta de arbustos. A cada paso la vegetación se mostraba más y más exuberante, aumentando la altura y densidad hasta que llegó a impedir definitivamente todo movimiento de nuestra parte. A nuestro frente el bosque no ofrecía más que una muralla sólida, sin pasos, sin ningún género de salida o abertura, que nos rodeaba por todos lados, de suerte que, por momentos, no podíamos ni adelantar ni retroceder. Era una selva tenebrosa, sombría; el suelo cubierto de troncos desarraigados y de una masa vegetal húmeda, descompuesta e inconsistente».

Popper y sus hombres lucharon durante dos días contra los obstáculos casi invencibles opuestos por la selva.

El explorador sintió sin duda, el silencio extraño de ese pequeño mundo misterioso, aunque no lo relató, porque no estaba para eso su ánimo, ni era ese su propósito. Son otros viajeros los que han narrado la sensación impresionante que infunden en el ánimo esos bosques fueguinos, especialmente en el amanecer. Mientras que en todas partes el despertar de la naturaleza se acompaña de los más diversos ruidos, y toda la inmensa masa parece trizarse en pequeñas fisuras luminosas y en finas e infinitas voces alegres, en los bosques

fueguinos no se percibe ni el canto de un ave, ni el sonido de un insecto y durante la noche apenas si ha estremecido el hondo silencio el aullido de un zorro o el grito ronco de un guanaco.

«Lo que contribuye a aumentar esta impresión de tristeza—escribía el naturalista Lahille, que estudió la flora magallánica más o menos por los mismos años en que Popper recorría esas regiones—no son sólo los cielos grises, las neblinas y los temporales frecuentes; es más que nada el aspecto de los bosques. Por todas partes es una aglomeración de troncos nuevos y antiguos, en donde los pies se entierran y es casi imposible avanzar. La marcha es penosísima y las sinuosidades que hay que atravesar continuamente desvían al viajero de su ruta y le llevan a extraviarse tanto más fácilmente cuanto que no hay senderos trazados y faltan el horizonte y los puntos de referencia. El único compañero que el hombre encuentra en estas soledades inmensas es un gentil trepador que responde siempre a nuestro llamado y que, muy familiar, viene en bandada a nuestros campamentos, a algunos centímetros de distancia a cantar su pequeña y suave canción...

Cuando se encuentra un espacio algo despejado, prosigue en sus observaciones el naturalista aludido, es que hay un depósito de turba (carbón), que se va extendiendo poco a poco, comiéndose el bosque. Algunos árboles muertos, desprovistos de su corteza y de casi todas sus ramas, se yerguen en medio de él, y vistos a distancia, a través de los macizos de verdura,

semejant inmensas manchas grises. Cuando el bosque ha desaparecido ya no retoña más y sus árboles están muertos para siempre. No mueren por viejos, pues la mayor parte son árboles jóvenes; mueren por el empobrecimiento del suelo que ningún cuidado o trabajo defiende...

La soledad yerma

Cuando Popper sale del bosque, o mejor, cuando se desprende de su silencio sepulcral, encuentra, al cabo de un día de marcha penosa por terrenos pantanosos, una tierra yerma. Va en demanda de la bahía de San Sebastián. «Esta sabana de tierra plomiza— escribe Popper— está minada por el *ctenomys*, un roedor al cual en la República Argentina se le llama tucu-tucu y en Chile cururu. En este terreno se hacía extremadamente difícil el tránsito de los animales cargados, pues en ocasiones los caballos se hundían hasta el vientre en los huecos y pequeñas cuevas de que está sembrada esa zona. Inútil era buscar un trozo de tierra resistente, perdonado por la tarea del curioso tucu-tucu.

«En cuanto abarca la vista no se distingue otra cosa que una pampa de aspecto desolador; el escaso pasto que la cubre concurre con su color gris-amarillento, a imprimirle un sello de singular melancolía. Ni un solo guanaco ni un zorro siquiera para animar el paisaje, únicamente la antipática lechuza, que nos mira con enojo a un metro de distancia y que luego se ele-

va, revoloteando en torno nuestro, para aturdirnos con su grito agudo, cual si quisiera protestar contra la presencia de nuestras cabalgaduras. De improviso se opera un cambio en el paisaje, pues nos encontramos frente a una de aquellas cañadas que sólo se ven a una o dos cuabras de distancia. El pasto reverdece y las aguas cristalinas del río que corta el terreno están pobladas de innumerables aves acuáticas: patos, flamencos y bandurrias. A poco trecho un zorro se desliza entre el alto pasto y se para a corta distancia, ojeándonos curiosamente; y más allá un guanaco que intenta ganar la primera altura para saludarnos con su relincho característico, con ese relincho que a veces se parece a la risa humana».

Estas pinceladas de Popper son las de un escritor que observa con admirable precisión el paisaje que le rodea. Su relato está lleno de estas viñetas que, por supuesto, no hacen pensar en que el autor se ha batido con terrible energía contra los hombres y contra la naturaleza.

No es siempre fácil encontrar entre los exploradores o colonizadores de las regiones magallánicas hombres que, como Popper describan sus propias impresiones y dejen el testimonio de su paso por las regiones que cruzaron. Popper fué no sólo un descubridor de mantos auríferos de incalculable importancia, sino además un curioso hombre de ciencia, puesto que sus conferencias revelan la sabiduría de que estaba provisto. Pero también fué un hombre implacable. Participaba

lo mismo del explorador que del aventurero, y parece que tuvo a raya a quienes intentaron acercarse a sus dominios de San Sebastián, en donde había instalado las plantas beneficiadoras de arenas auríferas.

En verdad, cuando se supo en Punta Arenas que el rumano, a quien tildaban de excéntrico, había descubierto ingentes yacimientos de oro, fueron innumerables los que se dirigieron, sorteando los más grandes peligros hacia aquel paraje.

Popper no se inmutó cuando los vió acercarse. Discurrió un sistema que debía darle muy buenos resultados. Hizo construir unos monos de paja y los vistió con vistosos uniformes militares. Luego los colocó a lomos de los caballos y los distribuyó estratégicamente por el páramo. A la distancia daban la impresión de pertenecer a fuerzas militares numerosas. Popper evitó así tener que batirse a tiros contra los invasores de su ínsula. Pero fué inútil, porque aquella estratagema, descubierta al fin, fué burlada por los que acudían en demanda de riquezas en los lavaderos descubiertos.

Se ha dicho que Popper no tuvo compasión con los trabajadores oscuros que acudían a sus dominios y con los indios onas, con los cuales tuvo varios encuentros mientras cruzaba las extensiones desoladas de la Tierra del Fuego. El mismo ha narrado su encuentro con los onas en alguna página sabrosa y pintoresca de sus conferencias. Los analizó con minuciosa escrupulosidad, demostrando cuán aguda era su pupila de observador.

## El final de Popper

Popper es una de las imágenes del colonizador, pero él no fué en realidad un colonizador. Fundó establecimientos de minería, recorrió todas las regiones que pudo, hizo descubrimientos valiosos de mantos auríferos nuevos, en bahía Sloget, en Pictón, Navarino y otras islas del archipiélago austral, al sur del canal de Beagle, y por último regresó a Buenos Aires. La vida de Popper en la capital argentina es un misterio, porque no se sabe con seguridad cuáles fueron sus actividades. Tenía relaciones múltiples, era dispendioso y sabía manejar su humanidad atrayente entre elementos sociales de alta alcurnia. En verdad los que le conocieron de cerca dicen de él que fué un aventurero. Nada quedó de su fortuna. Los lavaderos de oro, por otra parte, no constituían una riqueza de tipo perdurable en la región. Se agotaron pronto y los descalabros que padecieron muchos, como la rapidez con que otros derrochaban el fruto de sus largos y penosos sacrificios en los trabajos, fruto que costaba mucho recuperar, fueron factores que contribuyeron a desviar la corriente humana hacia otras actividades.

El hecho de haber soportado Popper durante tantos meses el clima terrible del Páramo y la violencia de las ventiscas y tempestades de la Tierra del Fuego, son muestras de un temperamento de sólida potencia viril. Más tarde arrostró también la ira de sus expedicionarios y

en verdad se batió con los indios, a los cuales liquidaba con su Winchester cada vez que podía.

Una mañana le encontraron muerto en su pieza del hotel que ocupaba en Buenos Aires. Estaba a medio vestir, tendido en el suelo, sobre una piel de guanaco, La cama estaba abierta y no había sido ocupada. Aquella piel la había llevado de las regiones que él explorara, atraído como se sentía siempre por la vida de la naturaleza. Popper era un poeta y un visionario, encajado en un hombre de acción. El símbolo de su muerte no preocupó a nadie, sino a algunos pocos de sus íntimos. Creyeron que había muerto de mala manera y le hicieron hacer una autopsia. Nada. El corazón había estallado en la ciudad, por incapacidad de acomodarse lejos de las regiones solitarias que él había dominado con su presencia, y en las cuales se sentía tan a su gusto. Terminó allí la existencia accidentada y aventurera de uno de los hombres más extraordinarios que han pasado por las regiones australes, en los días en que los descubrimientos de los placeres auríferos llevaron a inmensas cantidades de hombres de todas partes, ávidos de enriquecerse. Algunos pudieron realizar grandes ganancias. Otros murieron en las soledades de los campos, y muchos más regresaron a las ciudades de donde habían salido, tan pobres como antes. Los que permanecieron en la región variaron, como era natural, el curso de sus negocios. El oro traicionero se hurtaba a la vista y se escondía bajo el movible ondular del agua de los riachos fue-

guinos. Había comenzado, por lo demás, otra actividad y muy diversos elementos humanos acudían ahora para participar en la explotación de la nueva riqueza. La ganadería comenzaba su formidable crecimiento y de ella iba a brotar el gran caudal de la fortuna austral...

#### Los indios onas

El problema del habitante en la Tierra del Fuego siempre ha tenido características dolorosas. El blanco que acudió a colonizar hubo de arrasar también al nativo que poblaba esas soledades y de las cuales era éste el dueño y señor absoluto. Popper se batió con los indios y los venció sin gloria alguna de su parte, puesto que los onas no poseían otras armas que sus arcos y flechas. Con ellas era imposible presentar resistencia a las balas certeras de los fusiles. En verdad, la civilización nada hizo por asimilar a su cultura a esos indios pacíficos y benévolos de la Tierra del Fuego. El fueguino no tuvo el espíritu indomable del araucano, que opuso resistencia desesperada a todo invasor. No era raza guerrera, sino una tribu pacífica que vivía de la caza. La astucia y la ferocidad de los onas se despertaban solo con el hambre. Cuando sentía la mordedura en su estómago echábase a buscar por la extensión la carne del guanaco. Pero también este animal había sido alejado o exterminado por el blanco, que lo cazaba en grandes cantidades. El indio desesperado se volvía contra los que él llamaba «guanacos blancos», o

sea, las ovejas que ya comenzaban a poblar las grandes estancias concedidas a los extranjeros.

Es necesario comprender o hacer un esfuerzo para penetrar a tanta distancia, en la lucha apretada y dura que significó la retirada y exterminio del indio oná de sus dominios seculares. En esas latitudes no había otra alimentación que la carne. El bosque, como ya se ha visto, no daba frutos y la agricultura era una actividad inexistente en la región. Sin embargo, el blanco civilizador, en lugar de interesar al indio en otras actividades, en lugar de darle otros bienes, si no iguales a los que le había quitado por lo menos compensadores en parte, le persiguió como a las fieras. No había pasta de fieras en esos pobres indios, sino simplemente la violenta reacción natural en quienes se sienten despojados de una tierra que les perteneció durante siglos y sobre la cual habían vivido sus antepasados, y ellos habían podido libremente recorrerla, buscar en ella su alimento y prolongar sus costumbres pacíficas.

Tenían pues los títulos que se adquieren no en los estrados, o en las oficinas administrativas, después de largas esperas o concesiones a veces poco limpias, sino los que provienen de la connaturalización e identificación del hombre con la tierra en un contacto y un sufrimiento de siglos.

Los onas constituían una raza de seres corpulentos, de anchas espaldas, de miembros proporcionados. Los que los vieron hace años, en las primeras exploraciones, dejaron testimonios escritos, elocuentes, de sus im-

presiones. Los onas no conocieron el uso de la canoa, como los alacalufes, razón por la que el desarrollo de sus miembros se hizo en forma mucho más armoniosa. Del alacalufe hemos dicho ya que son deformes, ventrudos y de piernas cortas, a causa del género de vida que han debido llevar, sentados la mayor parte del día en las canoas. Los onas erraban por las tierras solitarias, atravesaban los bosques, cruzaban los cañadones en busca del alimento, que consistía en la carne del guanaco y también de cururo. Popper que fué un observador agudo y estudió un día las huellas dejadas por los onas sobre el suelo por donde huían, cuenta que midió el espacio entre una y otra, comprobando que había un metro noventa centímetros entre ambas. Las mujeres onas eran particularmente esbeltas, de fisonomía agradable, de lindos dientes blancos y parejos, y por supuesto distintas en todo a las mujeres alacalufes. Era una raza fuerte, bien dotada y sobre todo muy pura. Los onas permanecieron sin mezclarse con las tribus debilitadas que merodeaban por los mismos lugares.

Hombres y mujeres andaban casi desnudos y sólo se cubrían las espaldas y los hombros con pieles de guanaco. Los hombres ceñían su frente, en ocasiones, con una faja de cuero en la que prendían algunas plumas. Las mujeres usaban collares y brazaletes hechos de trozos de tibias de canquenes y otras aves. Estas cuentas las ensartaban con tendones de guanaco y de zorro. Un detalle curioso en las mujeres: nunca les

faltaba una pequeña bolsa de cuero en la que llevaban como las civilizadas de hoy o de todos los tiempos, una porción de tierra roja, con la cual hacían una pasta como betún y se teñían con ella el rostro y las piernas.

Los onas tenían un profundo sentido de la vida familiar. Las mujeres adoraban a sus maridos e hijos y vivían pendientes de ellos.

Todas estas tribus fueron, sin embargo, exterminadas en el avance sistemático de la civilización blanca hacia el interior de la Tierra del Fuego. Hemos expresado ya que el ona consideraba todo lo que existía sobre la tierra que recorría y en la cual habían nacido él y sus antepasados, de su exclusiva pertenencia y así tomaban las ovejas de las estancias sin comprender que se trataba de un robo. El robo no tenía para los onas explicación razonada. No conocían o no le atribuían el significado de los blancos. No lo consideraban un delito y no podía, por lo tanto, ser castigado el acto de recobrar lo que se movía sobre el suelo propio y servía para alimentarse.

Martín Gusinde, hombre de ciencia muy conocido, que hizo una explicación de un extraordinario interés en 1918 y cuya memoria llena de datos magníficos y sorprendentes acerca de la Tierra del Fuego y los onas, puede consultarse en la revista «Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología», escribía refiriéndose a los indios onas: «De mi parte habría sido ilusión suponer que yo alcanzaría todavía a verlos

y a estudiarlos en su ingenuidad primitiva, como eran mis vehementes deseos de investigador. Sólo cinco mujeres y un matrimonio sin hijos, todos de edad ya avanzada, son los únicos sobrevivientes que me han relatado el movimiento de la vida que hubo aquí en épocas pasadas. ¿Y en donde están los muchos otros? ¡Ah! éstos que quedan hoy día y que presenciaron la desaparición y el exterminio de la numerosa población que constituían los suyos y que todavía parecen llevar reflejada en sus ojos, próximos al llanto, la inmensa amargura de su destino fatal, como única respuesta me señalaron el cementerio que guarda aquellos despojos. Quedeme meditando, apoyado sobre el pequeño cerco que lo circunda, y sobre el cual algunos líquenes grises, que parecen más compasivos que los hombres, tratan de hermohear, piadosamente, el recinto que encierra tanta tristeza».

Así, cuando los onas rompían las alambradas que la penetración blanca había colocado para subdividir la tierra de los fueguinos, y arreaban piños de ovejas y luego los llevaban a los parajes más lejanos, a fin de que les sirvieran de alimento, no comprendían la ira de los colonizadores blancos ni podían explicarse por qué éstos los perseguían y aun mataban a los padres y hermanos.

El error del blanco consistió, en gran parte, en esta brutalidad para tratar a una tribu que había vivido siglos sobre la tierra que ahora se llenaba con los signos de la civilización. Quitó la tierra a sus posee-

dores legítimos, les quitó además la alimentación, que consistía en carne de guanaco y lo mismo que en el caso de los alacalufes con las nutrias, compitió con el ona en la caza de los animales, cuyas pieles vendía también en los mercados del mundo. Los mineros, por ejemplo, se condujeron con fría brutalidad, arrebatándoles las mujeres y los hijos. Popper y los hombres que le acompañaron dieron cuenta con sus Winchester de muchos onas, a los cuales mataron porque se acercaban a los campamentos a robar ovejas.

«La adquisición por fuerza—explica Gusinde en la memoria citada—y el robo del terreno, invadido y ocupado por los civilizadores, quitó a los indios todo medio de subsistencia. He aquí el factor poderoso que diezmaba los campamentos de los indígenas y que corroía la fibra vital de la robustísima raza ona. El indio indefenso y tímido fué lanzado de su tierra, sobre la cual tenía los títulos legítimos desde antaño por la sola ocupación nunca disputada. Y si el pobre lanzado huía refugiándose a otra parte, allí le esperaba la muerte segura por la bala de los blancos. A tan bajo nivel llegó la codicia y la inhumanidad del hombre civilizado, que las cabezas de los indios constituían muy a menudo para él un artículo de comercio, pues el ladino comerciante pagaba al asesino una libra esterlina y él vendía después el cráneo al Museo de Londres por cuatro libras... Espléndida ganancia en números redondos...».

Así se expresa Gusinde.

## La puntería del blanco

A veces, cuando los buscadores de oro o los cazadores de lobos regresaban de las expediciones por las islas más australes, solían verse grupos de indios en las costas que se acercaban a curiosear mientras la pequeña embarcación se alejaba de aquellos lugares con su cargamento de oro o de pieles. Los indios hacían señas desde la ribera. Los blancos, apoyados en la borda o en los barriles de provisiones, levantaban fríamente sus rifles y apuntaban a los pobres indios. Sonaban disparos sucesivos. En la orilla iban cayendo uno, dos, hasta tres de esos infelices. Los restantes huían dando gritos lamentables...

Era natural que se encendiera en ellos la desconfianza fiera contra el blanco. A medida que circulaba por la isla la noticia de la crueldad, era mayor el odio que brotaba de esos corazones oscuros y condenados desde ya a la liquidación. El blanco no comprendió hasta qué punto era necesario conservar no ya la vida, que eso era al fin lo humano, sino la confianza de esos elementos nativos, cuya resistencia y cuya energía ellos conocían de sobra. La penetración de la civilización en las regiones insondables o misteriosas de un territorio no se hace sino a punta de asesinatos y de violaciones estúpidas. Pocas veces el blanco ha querido emplear otros sistemas para reducir a los que estima irreductibles. El ona era un ser pacífico, benévolo. Sin embargo, no pudo sobrevivir a la furia de los ci-

vilizadores. No se les enseñó a trabajar sino en las misiones salesianas y con muy poco provecho. A nadie se ha culpado particularmente de estas depredaciones. La leyenda señaló nombres de estancieros que se habían sacrificado durante muchos años en las regiones, en la industria lanar, signándolos como cazadores de indios. Pero ello era injusto. Hubo algunos, indudablemente, que emplearon ese brutal sistema, pero muchos otros no. Los cazadores de lobos o los mineros se entretenían a veces, como ya hemos visto, sin que nadie supiera, puesto que aquello se realizaba en las soledades espantables del interior o de las costas, apuntando sobre los indios que no tenían más armas que un arco y sus flechas. Para esos blancos, los pobres nativos eran simples guanacos.

Por las noches, pasado ya el tiempo, en los figones o en las tabernas de que estaba lleno Punta Arenas, se referían en medio de la borrachera las hazañas de los oscuros y siniestros cazadores de indios. Pero no como confesiones temerosas, sino como jactancia de aventureros que espantaban la soledad y el miedo matando indios indefensos . . . A nadie de los oyentes se le hubiera podido pasar por la mente que se trataba de un crimen y que su autor debería ser castigado por la justicia. Habría sido esto algo inusitado.

Ya hemos dicho que esa región de espanto y de soledad no podía imprimir sino un ritmo de tragedia a todo cuanto se realizara bajo su imperio incontrolable. El estanciero, el colonizador, tanto como el cazador de

lobos o el buscador de oro, estaban sometidos a la misma ley brutal de la lucha sin cuartel. La prostituta que había llegado de Buenos Aires o de Montevideo a tentar fortuna, sabía de sobra que ella podía ser la guardadora de un secreto terrible y al mismo tiempo la dueña de una gran fortuna. Sabía, además, que muchos de esos hombres que acudían por las noches, en secreto, a buscar un poco de tibieza, mentida o sincera, eran autores de espantosos dramas ocurridos en la soledad de las estepas. Pero el punto en boca era la consigna.

La ciudad los envolvía a todos en el sortilegio de su crecimiento. Desde 1890 a 1910 había corrido un trecho inmenso de tiempo. La ciudad había cambiado enteramente. Ya no transitaban por las aceras esos hombres de rostros curtidos, trajeados como cazadores, con sus largas botas de cuero. Se podía atravesar la calzada sin necesidad de saltar sobre profundos baches de lodo. Las casas de madera habían sido sustituidas por casas de ladrillos. Los edificios fiscales mostraban en su relativa opulencia una autoridad que ya no era como antes una simple expresión jurídica. Había grandes almacenes, grandes tiendas. Un comercio riquísimo, un movimiento intenso de mercaderías. El puerto se veía lleno de barcos y de banderas de todas las naciones del mundo. Se podía tener la seguridad de encontrar interiores de casas, admirables de comodidad y de lujo. Ya era la ciudad de los grandes millonarios, la ciudad que asilaba a los más extraordi-

narios hombres de fortuna. Sandy Point había dejado atrás el obscuro terror y había crecido con rapidez sin que importara averiguar cómo se había formado el núcleo de sus familias más poderosas. Si habían pasado cuarenta años desde que un gobernador previsor había traído desde las islas Malvinas a una estancia magallánica el primer piño de ovejas, existían ahora millones de cabezas en todas las estancias de Gente Grande, en Bahía Inútil, en Isla Dawson, en Península de Bruswink. Los primeros colonizadores con títulos provisorios de tierras, eran ahora poseedores de centenares de miles de hectáreas.

Como siempre gobiernos imprevisores habían entregado la tierra a pocas manos, laboriosas sin duda, esforzadas y tenaces, pero que no representaban en ningún caso el espíritu chileno. El espíritu chileno, se apocaba en la lucha. Era incapaz de enfrentarse con esta fuerza sutil y resistente del extranjero, que no sólo era implacable para el trabajo sino que hacía brotar el oro en donde menos se esperaba. La mayor parte de las tierras magallánicas fueron entregadas a sociedades anónimas y el suelo lo ocuparon las compañías explotadoras cuyas oficinas centrales estaban en Londres o en otras capitales europeas,

Si se hubiera seguido una política de división de la tierra conforme al precepto de que ella es una función social, se habría fomentado no sólo la población del territorio sino que se habría multiplicado la riqueza y se habrían establecido en títulos definitivos a muchos pe-

queños capitalistas, que fueron eliminados poco a poco a medida que los poderosos estancieros, ya enriquecidos, adquirirían las tierras en los remates ordenados por los Gobiernos. El gran auge de la producción lanar y de carnes congeladas, fué aprovechado cuando había pocos mercados iguales en el mundo y cuando los precios estabau por encima de las mejores expectativas. Magallanes surtía a Europa, especialmente a Inglaterra y los barcos mercantes que arribaban a Punta Arenas desde los puertos británicos, volvían con sus grandes cargamentos de lana y carne, sin que Chile aprovechara sino escasamente en comparación de las colosales riquezas que se exportaban todos los años. La ciudad tenía un extraordinario comercio de mercaderías importadas. Pero ocurría que los géneros de lana no podía usarlos el pueblo porque eran muy costosos en su adquisición. Con lo cual la ironía se hacía casi sangrienta . . .

El crecimiento de Punta Arenas fué sencillamente fabuloso si se le compara con el de cualquiera otra ciudad chilena. Ella pudo ser con justicia denominada por los extranjeros que pasaban por el Estrecho «la perla de Magallanes». Indudablemente pocas cosas hay comparables al encuentro de esa ciudad cuando se va de las regiones atlánticas, desoladas en sus costas del sur o desde el mar interior de las islas patagónicas. Sorprende su presencia luminosa, su edificación moderna, sus perspectivas admirables en la lejanía. Una vez en el interior se advierte de inmediato la

limpieza de sus calles y la modernización de sus construcciones.

Pero palpita ahí el soplo inerte de la tragedia y de la injusticia. Fueron innumerables los potentados que se formaron allí a la sombra de sus vastas y ricas empresas. Hubo loberos que después fueron multimillonarios. Pastores que adquirieron grandes estancias. Comerciantes que perdieron toda su fortuna y comenzaron de nuevo la repechada hacia el éxito sin lograrlo nunca más en la medida primitiva. Y sin embargo, allí donde danzaron y aun danzan tantos millones, el hospital es una ruina y no ha sido posible construir uno moderno...

Punta Arenas vió llegar a sus calles apenas trazadas, mercaderes extranjeros cuya matrícula, por así decirlo, no existía en parte alguna del globo. Pero también junto con ellos, arribaron los elementos sanos y dispuestos al trabajo tenaz y persistente. Fueron éstos los que fomentaron las grandes explotaciones y acumularon las grandes riquezas que hoy subsisten y que forman la base de fortunas colosales, ganadas en muchos casos con sacrificios inenarrables. El criollo desprecia o finge despreciar a estos hombres. Pero es que el criollo no fué capaz en primer término de competir con el extranjero, más cauteloso, más tenaz, más constante en el sacrificio y dejó perderse oportunidades magníficas de triunfo, y luego los gobiernos, favorecieron casi siempre a los súbditos extranjeros, con más largueza en las concesiones que a los connaciona-

les. Desde luego, toda la gran masa de tierra entregada a la explotación de la ganadería fué adjudicada a los estancieros de otros países.

#### Los temas literarios

El hombre, más que la naturaleza es historia, aseguraba Goethe. En las regiones patagónicas, esta verdad es esencialmente vital. Todo es en Magallanes historia del hombre, y siendo aquella una región hostil y dura para la continuidad del esfuerzo, es al propio tiempo, la que más hondamente tiene grabada el signo trágico de la huella del hombre en su penoso afán de aventura y de riqueza. El pastor, el cazador de ballenas, el lobero y el buscador de oro, constituyen en sí mismos y por sí mismos, impresionantes documentos de esa realidad que en Patagonia se busca, indefinidamente.

Los hombres de tierra caliente no conocen la dramática grandeza de esas regiones, pero conocen sus leyendas. Y estas leyendas no son, precisamente, las que se vierten desde el fondo del folklore, sino las que han venido entregando verbalmente, sus misterios desde el instante en que llegaron a la Patagonia los primeros colonizadores. La literatura chilena no tiene sino escasa documentación humana sobre aquellas vidas de aventureros. Posee pocas páginas que acreditan el esfuerzo de los llamados «pioneers» de la vida esteparia de Tierra del Fuego. La documentación existe perdida, así como está en trance de desaparecer todo

lo que el hombre realizó en la etapa primitiva, al batirse contra el clima inclemente y contra la soledad inmensa de la llanura. Se oyen contar historias que parecen inverosímiles; se narran dramas de la lucha del blanco con el indio, que se diría arrancados a la historia de los colonizadores de Alaska o Africa del Sur, o de las inmensas extensiones del Far West. Pero en verdad, nada hay que resuma ese heroico combate contra la naturaleza o contra otros hombres.

Más que la naturaleza, pues, es el hombre lo que impone en la vida magallánica su impresionante energía. La vida de un colonizador, pongamos por caso, daría el material más hermoso para un novelista, porque le permitiría trazar la vida entera de la región con sus penurias, dolores, quebrantos y victorias. Igualmente la decoración de los dramas está allí viva, en el silencio de sus estepas, en la turbadora belleza de sus canales y de sus glaciares, en la infinita soledad de sus grandes montañas heladas. El combate humano por la propia felicidad o por el egoísmo de poseer la riqueza, constituyen episodios de alta tensión dramática. En Magallanes más que en parte alguna este combate fué rudo, violento y trágico. Punta Arena está exornado por la tragedia de sus fundaciones y por la furia de sus revueltas reivindicatorias. Hasta hoy nadie, salvo Vicuña Mackenna, ha recogido en una novela la historia sombría de Cambiaso. Cuando se fundó el Fuerte Bulnes con la colonia penal, no se creyó que el drama acechaba allí con la furia vandálica con que se desen-

cadenoó meses más tarde. Port Famine, el Puerto del Hambre, estaba a pocos kilómetros de la colonia penal, y allí había ocurrido siglos atrás, otra de las más crueles y sombrías tragedias de aquellas regiones en el intento de colonización. Después de Cambiaso se produjo en Punta Arenas el motín de los artilleros. Otra ráfaga huracanada de muertes y asesinatos. Luego en tiempos más cercanos a el incendio de la Federación Obrera. Los fantasmas que vagaban en las regiones desoladas de la Patagonia, volvían a tomar formas humanas para arremeter contra sus semejantes. Punta Arenas en el extremo más austral, lejos de toda comunicación, abandonada a su destino, sentía palpitar la arrogancia sanguinaria de los penados y cazadores que allí tenían su guarida.

Sobre ese medio de negación de la tranquilidad y de absoluta y definitiva soledad, cayó el grupo de los colonizadores extranjeros. Naturalmente debía producirse, como en efecto ocurrió, la nueva tragedia. El hombre que cruza un mar para ir a buscar su fortuna o su muerte a una región que sabe, de antemano, cruzada por presagios y zozobras de todo orden, no lleva sino una voluntad de acero, unos nervios firmes y resistentes. Sabe que deberá luchar sin descanso, desde la mañana a la noche y muchas noches quizá, deberá velar con el arma al brazo para defender su vida y la de los suyos. Está rodeado de peligros, de voces agoreras, de sospechas y de terrores. El clima áspero y rudo endurece a medida de los días, el corazón.

Lo hace impermeable a los razonamientos que no sean confirmaciones o justificaciones de su teoría personal. Una vacilación o una debilidad pueden serle fatales y así como la nieve o el viento desesperado de esas regiones pueden engañar a los más astutos de los baqueanos, fingiéndole un derrotero distinto del que busca, también para esos hombres de voluntad indomable, una duda sobre lo que debe hacer, puede significarle su definitiva derrota.

La civilización no confiere títulos, sino al que sabe conquistar la tierra por los medios que son habituales entre hombres civilizados. Los misioneros salesianos que poblaron esas soledades y tomaron contacto con los primitivos pobladores de color, han dejado algunos de ellos, testimonios elocuentes de esa penetración implacable del blanco colonizador. Pero sean cuales fueren las circunstancias que movieron a esos colonizadores a cometer actos de barbarie, un historiador de aquellas costumbres y escenas, no podrá olvidar que el heroísmo participó en ambos elementos con extraordinaria potencia humana. Hay colonizadores que trazaron palpitantes epopeyas de valor y de temeridad. Se batieron en medio de una atmósfera hostil y desesperada, y arrojados por la ambición o por el deseo de labrarse una fortuna, en el fondo de aquellas espantables soledades, sintieron crecer en sí mismos una naturaleza de la cual no se sentían dueños antes de dar el salto y que se mostraba poderosa y dominadora a medida que el tiempo corría.

Existieron colonizadores rubios que emplearon el alcohol para reducir la energía de los nativos. Les dieron a beber el veneno que oxida y enflaquece el ánimo, y pudieron así dominarlos fácilmente. Degenerados por una bebida pésima, fueron perdiendo su vigor hasta quedar convertidos en lamentables piltrafas humanas. El sacerdote salesiano José María Beauvoir narró cierta vez sus penosas impresiones. «El hombre blanco los aterroriza, huyen de él como de un monstruo feroz. Cuando llegué a aquellas regiones procuraba sorprenderles en sus tolderías; mas huían de mí con un miedo espantoso... Qué atrocidades habrán cometido los «cristianos», que de millares de «onas» que había cuando yo fui, ya sólo quedan unos pocos centenares».

Beauvoir escribía esto en 1910. En la actualidad ya no existen los onas. Pero en fin es preciso en todo caso proceder con cautela en el estudio de los documentos que existen acerca de la colonización, o sea, de la lucha política librada en las regiones de la Patagonia, tanto por el lado chileno como por el lado argentino. Los cuadros y los dramas allí ocurridos, pueden dar una materia rica a quienes con un hondo sentido humano, quieran escribir sobre la tragedia de la colonización en el sur. Son dignos de especial estímulo los libros de Armando Bazán y la novela *Paralelo 53 sur*, de Juan Marín. Un corazón entero y una voluntad limpia de escorias, bastan para dar al narrador un material de primer orden. Las tierras australes

tienen un perfil característico, modalidades y costumbres diversas de las nuestras. Y en realidad nada puede compararse a las bellezas de esas regiones. Una belleza huraña, a ratos sombría, en ciertos momentos tan limpia y transparente como la nieve de sus glaciares. El aire es liviano y diáfano. Las cumbres se perfilan, a ciertas horas del día, como trazadas por una mano delicada y fina. Todo emerge en la fuerza de los contrastes, y la luz que se derrama, cambiante y movidiza, forma en los picachos nevados, o en los témpanos, o en la llanura verde, una gradación asombrosa de matices que impresiona y sobrecoge.